

¿Y a las ovejas quién las cuenta?

Simón cuenta ovejas, pero la número sesenta y tres se queda sentada en la valla y le hace una pregunta: «¿Y a mí quién me cuenta?». Esa noche se cambian de sitio.

Desde 6 años 11 minutos en voz alta

Un cuento de Luna Lunera

Todo el mundo sabe que, cuando uno no se puede dormir, cuenta ovejas. Una oveja salta una valla, luego otra, luego otra, y a la veintitantos ya estás roncando.

Lo que no sabe casi nadie es de dónde salen esas ovejas.

Salen de una nube.

La oveja sesenta y tres

Simón vivía en Burgos, en un cuarto piso con balcón, y aquella noche no había manera. Se había puesto el pijama de los cohetes, el que se enciende a oscuras. Había bebido agua. Había ido al baño dos veces, la segunda sin ganas. Y nada.

Así que cerró los ojos y empezó a contar.

Entonces, junto al balcón, apareció la nube. Gorda, blanca, plana por arriba como un colchón, con una valla de madera en el medio. Y encima, en fila, sesenta y tres ovejas esperando su turno.

—Una —contó Simón.

La primera oveja tomó carrerilla y, ¡hop!, saltó la valla.

—Dos. Tres. Cuatro…

¡Hop! ¡Hop! ¡Hop! Así funcionan las ovejas de contar: alguien las cuenta desde la cama y ellas saltan. Si nadie cuenta, no se mueven ni para rascarse.

—Sesenta y uno. Sesenta y dos. Sesenta y…

La última oveja no saltó. Se subió a la valla, se sentó encima con las patas colgando y bostezó tan fuerte que se le vieron todos los dientes de abajo. Tenía unas ojeras grises del tamaño de dos galletas.

—Oye —dijo—. ¿Y a mí quién me cuenta?



Una cremallera por detrás

Se llamaba Lanolina y llevaba mil cuatrocientas doce noches sin pegar ojo. Es lo que tiene ser oveja de contar: de noche trabajas, para que los niños se duerman, y de día tampoco duermes, porque hay que peinarse la lana.

—Todo Burgos duerme gracias a mí —dijo—. Y yo, ni una cabezadita.

Simón lo pensó un momento.

—¿Y si nos cambiamos? Tú te metes en mi cama y yo salto la valla. Y tú me cuentas a mí.

A Lanolina se le pusieron las orejas de punta. Bueno, todo lo de punta que se le pueden poner a una oveja.

Resulta que la lana de las ovejas de contar tiene una cremallera por detrás, como los disfraces. Lanolina se la bajó, ¡rrrriiiis!, y salió de dentro flaquita, rosada y tiritando. Simón le dio su pijama de cohetes y sus zapatillas verdes. A ella le quedaban cortas las mangas y enormes las zapatillas. A él la lana le llegaba a las rodillas y olía a hierba y a almohada.

Ella se metió en la cama. Él pasó con cuidado a la nube, que estaba pegadita a la barandilla y blandita como un flan.

—Un niño —contó Lanolina, tapada hasta las orejas.

Simón tomó carrerilla y, ¡hop!, saltó la valla. Luego volvió corriendo al principio de la fila.

—Dos niños.

¡Hop!

—Tres niños… cuatro niños… cinco… ni… ños…

Al quinto niño, desde la cama llegó un ronquido de cafetera. Lanolina dormía.



Y ahí empezó el lío. Porque una nube de contar se queda junto al balcón mientras alguien cuenta. Si nadie cuenta,

las ovejas no se mueven y la nube se suelta. Y en Burgos, a esas horas, sopla un viento que no avisa.

¡FIUUUUUU!

La nube se despegó del balcón como una pegatina vieja y salió volando por encima de los tejados.

Un hilo por todo Burgos

Lo que nadie vio es que un rizo de la lana de Simón se había quedado enganchado en el hierro del balcón.

Así que, según la nube se alejaba, la lana se iba deshaciendo. Simón daba vueltas como una peonza y, vuelta a vuelta, un hilo blanco salía de él y se quedaba atrás: cruzaba la calle, pasaba por encima del río, se colaba por el arco de Santa María y seguía, y seguía.

—¡Parad! ¡Frenad! —gritaba Simón.

Pero nadie las contaba, así que las ovejas ni pestañeaban.

Cuando la lana se acabó del todo, Simón se quedó encima de la nube en calzoncillos. Los verdes, los de los dinosaurios naranjas. Con la última punta del hilo bien agarrada en la mano.



Y entonces, ¡CRAC!

La nube se quedó pinchada en una de las agujas de la catedral, como un algodón de azúcar en su palo.

🌓 Una oveja en pijama por la calle

Mientras tanto, en el cuarto, entró Papá a dar el beso de buenas noches, que lo da siempre, aunque ya estés dormido. Vio un bulto con el pijama de los cohetes y le dio un beso en la punta de la nariz, que era lo único que asomaba.

—¡Qué fría tienes hoy la nariz, campeón! —dijo. Y se fue.

Con el beso, Lanolina se despertó. Miró por el balcón: ni nube, ni ovejas, ni niño. Solo un hilo blanco que salía del balcón y se perdía en la noche.

—Ay, ay, ay —dijo—. Me he dormido en el trabajo.

Agarró el hilo con la pata y salió detrás de él. Bajó los cuatro pisos de la escalera, salió por el portal y echó a correr con las zapatillas haciendo flop, flop, flop.

—Hilo, hilito, llévame al niño.

Corrió por el paseo del río, entre los plátanos. Un señor que sacaba a su perro salchicha la vio pasar y se frotó los ojos. El perro no; los perros saben muchas cosas de las ovejas.

—Hilo, hilito, llévame al niño.

Cruzó el puente. Pasó por debajo del arco de Santa María tan deprisa que se le salió una zapatilla, y tuvo que volver a por ella a la pata coja.

—Hilo, hilito, llévame al niño.



Y el hilo la llevó hasta la plaza de la catedral. Allí arriba, pinchada en la aguja de una torre, estaba la nube. Y asomado al borde, un niño en calzoncillos de dinosaurios le decía adiós con la mano.

Sesenta y tres de golpe

—¡Lanolina! —gritó Simón—. ¡Cuéntalas!

Lanolina las contó. Una. Dos. Tres. Las ovejas saltaron la valla de una en una, ¡hop!, ¡hop!, ¡hop!, pero una oveja sola pesa lo que un cojín, y la nube ni se movía.

Simón miró la aguja. Miró la valla. Miró las ovejas. Y se le ocurrió una cosa que no venía en ningún manual de ovejas.

—¡No las cuentes de una en una! ¡Dilas todas de golpe!

—¿Eso se puede hacer?

—¡Nadie ha dicho que no!

Lanolina cogió aire, mucho aire, tanto aire que se le estiró el pijama por la barriga, y gritó:

—¡SESENTA Y TRES!

(Sesenta y dos ovejas y un niño. Que también cuenta.)

Las sesenta y dos ovejas y Simón saltaron a la vez. ¡HOP! Y cayeron a la vez. ¡PLOF!

La nube se hundió como una cama elástica… y rebotó hacia arriba, ¡BOOOING!, y se desclavó de la torre.



Pero el viento de Burgos seguía soplando, y la nube empezó a irse otra vez.

—¡No sueltes el hilo! —gritó Simón—. ¡Enróllalo, y vámonos a casa!

🌕 Un ovillo del tamaño de una calabaza

Y así volvieron. Lanolina, abajo, iba enrollando el hilo en un ovillo, y la nube la seguía por el aire como un globo de feria, con Simón y las ovejas asomados al borde, mirando las luces.

Por debajo del arco. Por el puente. Por el paseo del río, donde el señor del perro salchicha volvía a casa, los vio pasar y se frotó los ojos otra vez. El perro bostezó.



Cuando llegaron al portal, el ovillo era como una calabaza y Lanolina lo tenía que empujar rodando. Cuatro pisos de escalera, ploc, ploc, ploc. Y la nube volvió a su sitio, pegadita al balcón.

Simón entró de un salto, tiritando. Sacó del cajón el pijama de cuadros rojos y se lo puso.

—Te devuelvo el tuyo —dijo Lanolina, tirándose de las mangas.

—Quédatelo —dijo Simón—. Tu lana ahora es un ovillo. Y los cohetes se encienden.

Lanolina subió a la nube, se tumbó en el sitio más blandito y apoyó la cabeza en el ovillo, que hacía de almohada, y de las buenas.

Simón se metió en la cama y contó, bajito, como todas las noches:

—Una, dos, tres…

Las ovejas saltaron una detrás de otra, ¡hop!, ¡hop!, ¡hop!, hasta la sesenta y dos. Y la sesenta y tres ya no saltó, porque estaba dormida, con todos los cohetes encendidos.



Ahora, en Burgos, hay una oveja que duerme a pierna suelta. Así que, si alguna vez cuentas ovejas y te sale una de menos, no la busques.

Está en la nube, en pijama de cohetes, roncando como una cafetera.



Fin

Dulces sueños.



Más cuentos para leer en voz alta en

lunalunera.org

Este cuento en la web

© 2026 Luna Lunera. Contenidos bajo licencia CC BY-NC 4.0